

El prestamista

Sergio González Rodríguez*

El préstamo de los objetos siempre me ha fascinado. Desde que tengo uso de razón suelo prestar todas mis posesiones o pertenencias —excepto las que dicta el refrán: “Ni la mujer ni la pistola se deben prestar”—. Así, me enfrasco en circular libros o discos, y hago un berrinche terrible, eso sí, cuando aquello que presto no regresa a mis manos. Mi temperamento no llega a tanto.

Y es que supongo —algo equívoco en sí— que el resto de las personas se conduce bajo presuposiciones similares a las mías. Otra vez, en plena euforia de anfitrión, estímulo que algún visitante se interese en las estanterías que cubren el lugar donde vivo —no hay más que ver—: unos 70 metros cuadrados sin muebles. Entonces, descubre un título que lo atrae. Por cortesía exagerada, regalo tal obra, aunque sea un libro que me sirve mucho.

Cuando estudiaba en la universidad, me especializaba en prestarle mis libros favoritos a las compañeras que les quería tirar onda. Así, por ejemplo, presté el valiosísimo tomo primero de la *Oxford Anthology of English Literature*. Y nunca regresó. Ayy, la chica en ciernes, cuyo nombre recuerdo muy bien, se llamaba Jimena, mmm. No... ¿Julietta? Mmm... No... En fin, como se llamase ella, jamás condescendió a prestarme nada, mucho menos aquel lito —qué vana esperanza— por lo que me atrevía a comprometer mi escuálido patrimonio.

Tuve préstamos menos heroicos. Un día, un poetaastro itinerante de origen catalán que se la ha pasado entre el consumo de drogas duras y periplos descabellados a distintos lugares del mundo cayó en mi casa con otros amigos y él, en pleno fervor etílico espolvoreado de “cristal” (ese humo que inhalan quienes sienten demasiado pesado el cerebro y anhelan aligerar su carga de neuronas) halló una biografía de Fulcanelli, el alquimista de origen francés. Mostró tanta reverencia ante el libro que no me quedó otra alternativa que regalárselo. A la mañana siguiente, trasnochado, hartado de las pláticas y estruendo cuyos ecos quedaban con el fermentado aroma de las colillas de los cigarrillos —una afrenta extrema para quien, como yo, no fuma—, caía en cuenta de que aquel libro nunca volvería a mí —transcurriría un par de años para que la librería Nalanda lo repusiera en mi autoestima, ¡wow!:

Fulcanelli. Una biografía imposible de Luis Miguel Martínez Otero en las esotéricas Ediciones Obelisco.

Avasallado por aquel préstamo que yo mismo convertí en regalo, me dispuse a disolver el desánimo en la faena de limpiar mi departamento cuando sonó el timbre. Era Magnolia. Una amiga de un amigo, estudiante de arte dramático en la universidad, que había llegado la noche anterior en minifaldita junto con el poetaastro protoalquimista. Eran como las nueve de la mañana, oteé por la mirilla de la puerta y me dije: ¿Acaso Magnolia quiere conmigo? Horas atrás, la idea ni siquiera se me había ocurrido, pero allí estaba ella, fresca como sólo las veinteañeras pueden estarlo después de



un reventón madrugeril. De inmediato le abrí, sólo para darme cuenta de que con ella estaba un adolescente, que me miraba entre hosco e inquisitivo.

Al sentir su mirada incriminatoria, pensé: ¿le habré hecho algo indebido a Magnolia? ¿Quizás mi proclividad a ser un buen anfitrión incluyó una denodada oferta de mi parte de darle “apoyo” —como el que le otorga Joe Pesci a Sharon Stone en célebre secuencia en *Casino* de Martin Scorsese—, o “consuelo”, como dicen que exigía y obtenía el legionario padre Maciel a sus jóvenes prosélitos? ¿Fui un loco, y le agarré la piernita en un descuido de ella, y ahora quería cobrarse el atrevimiento? No creceoooo. No acostumbro semejantes desplantes. Me cae: no importa si nadie me cree.

—¡Hola!, ¿cómo estás? —me dijo, amable, Magnolia.

—¡Gulp! —alcancé a emitir.

* Crítico literario, narrador, ensayista y guionista

—Creo que anoche te presté un momento mi bolsa y, al irme, ya no te la pedí.

Parpadeé. Y la invité a pasar. Se negó, como si fuera yo el Diabolo. Mientras tanto, el adolescente me miraba hosco, inquisitivo y un poco bravucón al mismo tiempo, sin decir palabra.

—Sí—insistió la muchacha—. Le decía a mi hermano—y señalé al adolescente como si fuera su mascota— que anoche te presté mi bolsa y se me olvidó pedirte la.

Aquella noche ni siquiera me había mareado con la poca cerveza que bebí, tenía la mente lúcida y el corazón firme. Le respondí:

—No recuerdo nada...

—Pues sí: te la presté.

—Sí, te la prestó—dijo al fin el adolescente que fungía de mascota.

—Tú ni si quisieras estuviste aquí. ¿Cómo puedes afirmarlo?

—¡Sí, te la prestó!

—Oquéi: pasen y chequen por sí mismos.

Magnolia y su hermano ahora sí entraron de inmediato rumbo al estudio, donde habíamos pasado largas horas de conversaciones poco antes.

Yo, que dejé inconclusa la preparación de una taza de té al sonar el timbre, me retiré a la cocina a terminar aquello antes de volver con los intrusos. En el pasillo, casi me topé con Magnolia que, sonriente y como si nada hubiera pasado—de hecho, nada había sucedido—, me explicó, tierna y cautivadora como niña de cinco años con un perrito al cuello:

—Tienes razón: no te presté la bolsa. Vámonos—le ordenó a su vez a la mascota fraternal.



—Ya te convenciste, ¿verdad?

Me sonrió, y salió de prisa con su hermano.

Click. Qué raro, pensé. Aquí hay gato encerrado: algo no cuadra. No se necesita ser un Sherlock Holmes para llegar a una conclusión: o recogieron algo inconfesable que ella había dejado por descuido, por ejemplo, un CD que hubiese traído, o un paquete de toallas sanitarias, o una bolsita con mariguana. Y pensé en esas tres cosas porque son el típico contenido en el bolso de las veinteañeras. O bien, ¡claro!, algo mío se había llevado.

Fui de inmediato al estudio y eché una mirada de 180 grados, al mismo

tiempo que trataba de recordar lo que había acontecido apenas horas atrás. Elemental, mi querido Watson: en algún momento, Magnolia había mostrado interés en que le prestara un libro de Charles Bukowski, ni más ni menos *Lo que más me gusta es rascarme los sobacos* en la ilegible edición de Anagrama. Busqué el libro en la estantería correspondiente y, por supuesto, ya no estaba allí: un triste espacio chimuelo sellaba el episodio.

Magnolia había inventado la patraña de su bolso para justificar un regreso a mi casa y tomar “prestado” aquel libro bukowskiano que no valía, uff, ni cincuenta pesos (me refiero al objeto y a lo demás). Lo peor de todo había sido su hermanillo de guardaespaldas. Pobre Magnolia, estaba perdida en la vida y nada podría hacer yo por ella: quedar en evidencia por algo tan tonto. Pensé: ya no hay valores. Vivimos en una época de decadencia. La era del Khali Yuga de la que habla Julius Evola. René Guenón. Walter Mercado. La universidad ha dejado de ser lo que era. Vivimos en un tiempo en el que todo vale, qué diría Paul Feyerabend. O vale madres, de plano. Etcétera. Pasaron dos años, y en un acto en el Zócalo en el que participaba yo como orador, se acercó—ante mi azoro silencioso— una Magnolia todavía veinteañera con una cautivadora sonrisa en el rostro:

—Ten: sabía que te iba a encontrar aquí. Te regreso el libro que me prestaste aquella noche que estuve en tu casa, uyy, hace años...

Dio la media vuelta y se fue. Me quedé congelado con el libro de Charles Bukowski en la mano.